

# VIAJEROS POR TERUEL

## Una introducción a su estudio\*

M.<sup>a</sup> ELISA SÁNCHEZ SANZ

La situación geográfica que presenta Aragón, sin que necesariamente fuera camino obligado a todos los viajeros que llegaban a España, goza de un ventajoso emplazamiento para la penetración oblicua entre Cataluña y Castilla uniendo así dos ciudades importantísimas en el devenir histórico, Barcelona y Madrid, que se comunicaron mediante el «Camino General de Ruedas», también conocido como «Camino Real» y hoy «Nacional II».

Este Camino ha sufrido y aún sufre —Autovía de Aragón— cambios sustanciales a lo largo de los siglos, y no sólo morfológicos (ensanches, firmes, señalizaciones, puentes, etc.), sino también espaciales al variar su ruta secular que permitía la entrada al Reino de Aragón por Used, pasando inmediatamente a Daroca, Mainar, Cariñena, La Muela y Zaragoza. Pero otra aduana difícil y fuerte para entrar a Aragón era la de Ariza desde la que se controlaba el camino que, pasando por Medinaceli venía de Sigüenza, y que por Alhama, Calatayud, Almunia y La Muela, tam-

bién conducía hasta Zaragoza —comunicación que definitivamente ha triunfado tanto por carretera como por ferrocarril, casi, para unir Zaragoza y Madrid—. Después, el Camino continuaba por La Puebla, Osera, Bujaraloz, Fraga y entraba en Cataluña.

Visto así, aparentemente, podemos pensar que contamos con una rica «literatura de viajes» referida a Aragón, habida cuenta del gran número de viajeros que por todo tipo de asuntos pasaron de Barcelona a Madrid o viceversa. Pero la ilusión se desvanece cuando recopilados casi todos esos relatos observamos que la mayoría están referidos a la ciudad de Zaragoza —incluso al momento de los Sitios— o a varias de sus lo-

\* Mi agradecimiento al personal del Servicio de Lectura y de Microfilm de la Biblioteca Nacional y de la Hemeroteca Municipal de Madrid, a los trabajadores del *Diario de Teruel*, a Francisco Javier Sáenz Guallar (Secretario del Instituto de Estudios Turolenses) por sus atenciones y a Antonio Carreira Vérez por su aportación bibliográfica y sus consejos.

calidades cuyo paso era obligado para efectuar el trayecto del viaje. En este sentido, la provincia de Zaragoza sí cuenta con un importante y variadísimo acopio de noticias e incluso de grabados.

Por contra, Huesca y Teruel se ven discriminadas hablándose de estas dos ciudades en muy contadas ocasiones. La provincia de Huesca, por su parte, tenía un aliciente orográfico: los Pirineos, que empiezan a ser «descubiertos» por los montañeros franceses o por viajeros curiosos hacia el año 1800, quienes amparándose en las bellezas naturales de sus montañas y en los recursos termales de esa zona, nos han dejado un buen número de narraciones a partir de los años 30 del siglo pasado, sin contabilizar la abundante bibliografía que ha generado el siglo XX referida a los valles y paisajes pirenaicos. Por tanto Huesca no sale malparada.

TERUEL, en cambio, fue —y en cierto modo sigue siendo— esa gran desconocida mentada únicamente en partes de guerra y metereológicos, la aislada de las grandes Rutas, la incomunicada con la «gran ciudad» por no construirse nunca el prometido ferrocarril que debía unir Madrid con todas las capitales de provincia... Fue casi y exclusivamente una «leyenda» conocida por su propia leyenda, la de los Amantes, repetida hasta la saciedad por los pocos viajeros que nos visitaron. Claro, que no todos los que escribieron de Teruel vinieron hasta aquí, pero hacen que vienen, plagiando lo que ya otros habían contado un siglo antes. Y así, los escasísimos viajeros que

pasan por nuestra provincia llegan, sobre todo durante buena parte del siglo XIX, en concepto de militares y soldados para enzarzarse en las guerras napoleónicas o para prestarse a las carlistas. Otros pocos, sí vinieron por su gusto. Pero no gozando tampoco Teruel de las ventajas fronterizas con que cuenta Huesca respecto a Francia, y no habiendo sido «redescubiertas» sus bellezas naturales hasta momentos muy recientes, se vio condenada al olvido. Porque los viajeros, intentando evitar los encontronazos fortuitos con bandidos y ladrones en caminos no muy frecuentados, eludieron este territorio.

Pero no podemos culparles. La falta de buenas carreteras, la inexistencia de posadas y la ausencia de Compañías de Diligencias que cubrieran los trayectos de esta provincia, así como la enorme desventaja de no estar sobre el camino Barcelona-Madrid, contribuyeron en buena forma a que importantísimos viajeros de la talla y categoría de Geronimus Müntzer, Andrea Navagero, Cosimo de Médicis, Gaspar Barreiros, Norberto Caimo o Joseph Townsend, por ejemplo, no pasaran por Teruel. Sí pasaron, en cambio, algunos viajeros españoles.

Con todo, otras provincias como Albacete, Cuenca o Lérida, por ejemplo, todavía han sido peor tratadas que Teruel. Por tanto, y en honor a la verdad, hemos de decir que fue la ciudad de Zaragoza la que mejor ha quedado contada y ha sido vista —quedan grabados, láminas, estampas...— por lo que a Aragón se refiere, aunque sean escasísimos estos

datos, no obstante, si los comparamos con los que ha generado Andalucía, verbigracia, considerada, desde siempre, la tierra del ensueño y la felicidad por antonomasia.

## LOS VIAJEROS. ¿Quiénes vienen?

Globalizando España —aunque hayamos de centrarnos finalmente sólo en Teruel— se puede decir que para los primeros momentos vendrían gentes de fuera con proyectos *colonizadores*, con miras comerciales, etc., habiéndonos dejado Periplos, Descripciones, Geografías, Itinerarios... donde aportan noticias históricas, económicas, etnográficas y otras.

Los *peregrinos* son otro grupo de viajeros que aunque con un objeto muy concreto, Santiago de Compostela, no renuncian a narrar algunos aspectos tales como la situación de los caminos, los pueblos que atravesaban, el clima de las regiones por las que pasan, nos dejan algún esbozo de los lugareños con quienes se encuentran y siempre suelen mencionar focos de devoción o hacer relatos hagiográficos. Pero la provincia de Teruel no estaba en la ruta de estos viajeros, sí la de Huesca.

Las relaciones amistosas, familiares o políticas de unos Príncipes o Reyes con otros propiciaron que se hicieran y devolvieran visitas de cortesía, aunque, a veces, para esto sólo se enviaba a los *Embajadores*. Todos éstos podemos considerarlos viajes *regios* y *diplomáticos*. Pero, en cualquier caso, siempre solían acompañar a estos soberanos y a los embajadores algún *cronista* de cuya

pluma salían las «Relaciones», «Memorias» o «Jornadas» oficiales de esos viajes hechos a distintos lugares del Reino. En ellas se dejaba constancia de los actos con que las ciudades o lugares por los que pasaban recibían a sus invitados, de las fiestas, muchas veces también de los alojamientos y desde luego de las sensaciones que en los propios cronistas producían con ocasión de los paisajes, las gentes, las calles, los edificios, los engalanamientos, etc. En otras ocasiones, estos mismos monarcas celebraban Cortes en otra ciudad distinta a la de su residencia oficial, organizándose una amplia comitiva que les seguía, haciéndose acompañar casi siempre del consabido cronista que ponía por escrito todos los acontecimientos, anotando lugares por los que pasaban, costumbres, industrias, trajes de las gentes y algunas otras alusiones de contenido etnográfico que hoy tienen mucho interés para nosotros.

Otro grupo de hombres que han dejado noticias por escrito de variada índole han sido los *soldados* que desde el recuerdo de la guerra que hubieron de hacer, relatan muchas veces en forma de memorias autobiográficas, los desastres vividos, aunque también aportan datos topográficos con un dominio absoluto de los caminos y campos que pisaron. Las expediciones contra ciertas ciudades son reveladoras, incluyendo descripciones de cómo eran éstas y sus habitantes, así como la decantación a favor de sus ciudadanos según la acogida que éstos hicieran a su ejército. Pero su estudio lo abordaremos en otra ocasión.

Ha habido otro grupo de *viajeros* que llegó hasta nosotros en función de su *espíritu aventurero* decidiendo visitar España por la mágica atracción que ejercía sobre ellos, no siendo extraño que en ese deambular alguno pasara por Teruel. No es extraño, tampoco, que a veces sea la mujer la protagonista de alguna de estas aventuras viajeras.

Algunos otros confiesan que nos visitaron por accidente. Hay *viajeros con objetivos económicos o religiosos* (Joly, Borrow). Varios vienen *para curar su salud* (R. Ford trae a su mujer) buscando, en ese caso, las aguas termales de algún balneario, o simplemente nuestro clima o nuestro sol. Hay quienes visitan España *por motivos profesionales* al ser historiadores, botánicos (Bowles) o coleccionistas de arte (Davillier). También las academias, a fin de confeccionar Diccionarios Geográficos, Itinerarios, Guías de Caminos o Reseñas de Rutas, comisionaron a profesionales que viajando reunieron notas geográficas, toponímicas o costumbristas (Mellado, Ximénez de Embún, etc.) o las recopilaron mediante cartas y otros escritos a los secretarios de los ayuntamientos, o a personas relevantes de una localidad (Tomás López, Sebastián Miñano, Pascual Madoz, etc.).

Ahora bien, esta amplia gama de sujetos que van y vienen de un sitio para otro no son exclusivamente extranjeros, también algunos españoles dejaron sus opiniones de nosotros mismos. Pero aunque ambos, extranjeros y españoles, pasen por un mismo lugar y en una misma época, cada cual interpretará la realidad de

una manera. Por ejemplo, son nulas las ocasiones en que un foráneo escriba para posibles lectores españoles. Escribe en su idioma y lo hace para las gentes de su país. Los extranjeros se fijaron más en los caminos, las carreteras, las posadas, las formas de comer, la falta de industria o la ociosidad de las gentes. Los españoles, sobre todo los ilustrados —aunque entre éstos fuera un tópicos— critican, censuran y piden al gobierno —a la vista de los paisajes, gentes y pueblos— que se modernicen las comunicaciones, que progresen los modos de vida y que se remedie la aridez de los campos. Reformas en suma que el gobierno de turno casi nunca se tomó la molestia de poner en práctica.

## LOS CAMINOS.

### ¿Por dónde vienen?

Escasísimas noticias tenemos de cómo eran los caminos y carreteras turolenses. Sabemos que en 1487 «*Los Reyes Católicos establecen la Santa Hermandad en Aragón, que con procedimientos expeditivos asegura la tranquilidad de los caminos y vigila los despoblados*» (1).

En el «*Repertorio de todos los Caminos de España*» de Juan de Villuga, publicado en 1546, de Valencia a Zaragoza se pasaba por [...] *La Ja-*

(1) Según afirma J. I. Uriol, en el Epílogo (p. 175) que acompaña al *Repertorio de caminos, añadido el camino de Madrid a Roma con un memorial de muchas cosas sucedidas en España. Y con el Repertorio de cuentas, conforme a la nueva Pragmática*, de Alonso de Meneses.

quesa, La Ventosa, La Puebla, Teruel, Caudete, Villarquemado, Torrelacárcel, Villafranca, Camín Real, Calamocha, Lechago [...]» (2). No se citan las carreteras de Teruel en el «Repertorio de Caminos» de 1576 (3), quizá por ser, en realidad, una obra muy escueta. Estos Repertorios eran y servían a modo de Itinerarios para indicar al viajero los pueblos, ventas, puentes y distancias del recorrido. Juan Bautista Labaña que se recorrió el Reino de Aragón visitando varios pueblos durante seis meses entre 1610 y 1611 nos ha dejado un buen acopio de noticias de este tipo.

Pero la mayoría de los viajeros que pasan por la provincia de Teruel se sitúan directamente en el punto del que están hablando sin dar apenas detalles que nos puedan indicar cómo llegaron hasta allí. Así entra A. Ponz del Reino de Castilla al de Aragón:

[...] «Luego en Hombrados se entre en el Reyno de Aragón, y ántes de llegar á Villar de Saz quedan sobre mano izquierda unas salinas en el término de un lugar que llaman Ojos Negros: por la mano derecha corre una cordillera de montes poblados de encinas y se cultivan en ellos mi-

nas de fierro (aquí las llaman menas), con que se abastecen diversas ferrerías de estos contornos, habiéndolas en Exea, en Orihuela de Albarracín, y otras partes.» (4).

A lo sumo describen algo el paisaje por el que pasan, pero tampoco son muy explícitos. Sigue A. Ponz:

«Después de muy bien agasajado que fuí en casa de un vecino de Villar de Saz, [...] continué mi camino por territorios quebrados entre encinares, y carrascales: pasé por los lugares de Peracense, y Almaja (sic), situados entre altos cerros, y después de caminada una legua larga por un barranco solitario, que llaman el Carrascal, se sale á una dilatada, y llana campiña hasta llegar á la Villa de Celda (sic), cuyo camino es de cinco leguas desde Villar de Saz, descubriéndose algunos Pueblos á cortas distancias del camino, entre ellos Alva, Torremocha, Santa Olalla, &c.» (5).

Por eso es muy ilustrativo el manuscrito que hace un par de años descubrió José Luis Sotoca «Descripción geográfica, político-económica, del partido de Teruel», perteneciente a 1794, siendo con casi absoluta se-

(2) Juan de Villuga. *Repertorio de todos los caminos de España*. (Medina del Campo: Pedro de Castro, impresor, 1546), s. p.

(3) Alonso de Meneses. *Repertorio de caminos añadido el camino de Madrid a Roma con un memorial de muchas cosas sucedidas en España. Y con el Repertorio de cuentas, conforme a la nueva Pragmática* (Alcalá de Henares: Sebastián Martínez, 1576).

(4) Antoni Ponz. *Viaje de España en que se da noticia de las cosas más apreciables y dignas de saberse, que hay en ella*. (Madrid: Por la Vda. de Ibarra, Hijos y Compañía, 1788). Tomo XIII-Carta IV, 13. Pág. 94.

(5) Antonio Ponz. *Viaje de España...* Tomo XIII-Carta IV, 14. Pp. 94-95.

guridad Pascual Ibañez su autor. Nos dice así:

«Los caminos son en la mayor parte de herradura y por lo generas ásperos, incómodos y peligrosos, aún para las bestias. Las carreteras son pocas para lo que es partido; aun en los llanos se hazen intransitables por muchas partes en tiempos de llubias y de cada abenida se indisponen mas por donde hay arroyos ó barrancos. Mas no por esto se aumenta el cuidado de componer lo mas preciso y peligroso, si exceptuamos la carretera que se está haciendo al presente desde los confines del Reyno de Valencia hasta Teruel, la cual concluida ha de seguir hasta Zaragoza.» (6).

Y también:

«La Real Carretera que se está haciendo desde la salida de esta ciudad [Teruel] acia Valencia aunque mui costosa por hacerse a todo gasto, es bastante hermosa, espaciosa y de gran utilidad, bien que este beneficio tardará a disfrutarse, según la lentitud con que se lleva la obra y lo mucho que hay que abrir y desbatar si se sigue en la egecución del plan propuesto. La que guía a Zaragoza, aunque algo incómoda y peligrosa puede componerse y hermosearse provisionalmente por via de economia: lo mismo se pue-

de decir de las que guian al campo de Visiedo y la tierra baja, para las cuales se construyó hace pocos años un buen puente en el término de Tortajada a fin de quitar los peligros del rio Alfambra que era menester vadear; de dar principio a su composición en beneficio de los que ahora las transitan y por si se verifica el proyecto dado para dirigir por esta via la de Zaragoza que hace el tránsito mas corto considerablemente y si se puede mejorar a menos costa. Con uno y otro fin me parece sería mas conveniente componer estas carreteras y los demás caminos de herradura harto incómodos y peligrosos que salen de esta ciudad, provisionalmente mediante un método de economia y duración con la mira de hazerlas transitables, seguras y cómodas en breve tiempo sin gravar mucho a los pueblos ni detener con la demasiada duración los progresos y ahorros incalculables que seguramente facilitaría su pronta composición. Estas miras procuré tener presente en el trozo de carretera que abrí y comense desde Marzo al Junio inclusive de este año por cuenta de la Real Hazienda, desde esta ciudad a la Real mina de Azogue del collado de la plata por comisión de baxo el mismo dia y orden de ahorros y economia me encargó mi jefe; la qual ha costado solamente 8002 r.v. habiéndose abierto de nuevo un trozo de 500 varas (que necesita se gasten aun unos mil para asegurar sus costados y livertarlo de las aguas) y com-

(6) José Luis Sotoca. «Descripción geográfica, político-económica, del partido de Teruel». [Autor: Pascual Ibañez]. DIARIO DE TERUEL, 18.marzo.1985.

*puesto mas de 3000 varas en las que se han hecho dos obras considerables.» (7).*

Ya para el siglo XVIII los Repertorios cambian su nombre por el de «Guías de Caminos» y sabemos también que todavía en 1812, para ir de Madrid a Teruel, se iba por un camino de herradura; primero hasta Sacedón para pasar después por Córcoles, Alcocer, Cabañeras, Albalate, Riba, Tejadilla, Las Majadas, Tragacete, hasta pasar a FRIAS, EXEA (se atravesaba Rfo y Puente) y TERUEL. En Frías había una desviación a ALBARRACIN. Esta Ruta viene señalada con el número 34, en la «Nueva Guía de Caminos» (8).

A través de estas «Guías» e «Itinerarios» se nos informa que para 1830 los caminos estaban divididos en cuatro clases: generales o de primer orden, transversales o de segundo orden, de tercer orden o pertenecientes a un distrito y de cuarto orden o vecinales, incluyéndose el camino de Zaragoza a Valencia, por Daroca y Teruel entre los de segundo orden (9).

Aunque desde 1788 funcionaba en España un servicio de Diligencias no

será hasta 1825, cuando la conocida como empresa de Diligencias-Correo, se divida en «Sociedad de Diligencias y Mensajerías de Cataluña», en Barcelona y «Compañía de Reales Diligencias», en Madrid, uniendo Madrid con Zaragoza, Zaragoza con Barcelona y Barcelona con Valencia. Pero la provincia de Teruel queda al margen de estos servicios, no sólo en estos años, sino mucho más tarde, en 1842 cuando en Barcelona se forme una nueva Compañía titulada «Sociedad de Diligencias de la Coronilla de Aragón», acordando establecer sus servicios desde Barcelona a Perpiñán, Reus, Zaragoza y Valencia (10). A Teruel, desgraciadamente, estos progresos tampoco le afectaron.

No es sintomático, por tanto, que R. Ford cuando nos visitó entre 1830 y 1833, escriba:

*«Algunos de los más hermosos caminos de España conducen a los reales sitios o residencias particulares del rey o serpean alguna montaña elevada con un monasterio en la cumbre [...] Las carreteras reales comienzan en Madrid y van hasta las ciudades fronterizas y los puertos [...] Los demás caminos en España son malos, pero no mucho más que en otras partes del continente y pueden utilizarse de modo tolerable con tiempo seco. De ellos, unos son practicables para carruajes*

(7) José Luis Sotoca. «Caminos y posadas de Teruel en 1794». DIARIO DE TERUEL, 16.abril.1985. Pág. 3.

(8) Santiago López. *Nueva Guía de Caminos para ir desde Madrid por los de Rueda y herradura, á todas las ciudades y villas más principales de España y Portugal, y también para ir de unas ciudades a otras.* (Madrid: Imp. de la Vda. de Aznar, 1812), 240 p.

(9) Francisco Javier de Cabanes. *Guía General de Correos, Postas y Caminos del reino de España.* (Madrid: Imp. de Miguel de Burgos, 1830). Pág. 94.

(10) Para toda esta problemática puede consultarse Antonio Gutiérrez González. *Manual de Diligencias.* (Madrid: Imp. y Fund. de E. Aguada, 1842). (Cada pequeño manual invita a un trayecto).

y otros son únicamente de herradura... con barro en invierno y polvo en verano.» (11).

No hace falta que nos remitamos más atrás. El Ferrocarril desde Madrid nunca llegó y el siglo XX todavía presenta problemas de transporte, no sólo en cuanto a las carreteras se refiere sino por lo que a las líneas regulares de viajeros afecta.

## LOS TRANSPORTES. ¿Cómo vienen?

Tampoco son muy explícitos nuestros escasos viajeros para contarnos cuáles eran los medios de transporte. Por ello, habremos de recurrir a fuentes indirectas.

Naturalmente, las formas de viajar más antiguas han sido: a pie o a lomos de caballería. Cada viajero puede recomendar la suya. Pero, poco a poco, se fueron imponiendo otros métodos progresivamente más rápidos. Muchos de esos viajeros, observantes finísimos que no pasaron por Teruel, nos hubieran servido en este momento para narrarnos sus aventuras en las «colleras», «calesas» o «diligencias», las formas de conseguir un billete y los modos de agolparse todos juntos en unos espacios reducidísimos y hasta peligrosos cuando las caballerías se empeñaban en traquetearlos.

R. Ford es un defensor del caballo para llegar a conocer en toda su dimensión las tierras de España y da

(11) Richard Ford. *Las cosas de España*. (Madrid: Turner, 1974). Pp. 58-61.

el mismo consejo que ya Fines Moryson diera a sus compatriotas ingleses dos siglos atrás cuando escribe:

«Que abandonen las carreteras frecuentadas por los coches y se intervienen por caminos de herradura y veredas, con lo que explorarán rincones poco frecuentados, ciertamente, pero no por eso los menos interesantes de la Península. Hemos tenido la suerte de formar parte de varias de estas expediciones a caballo, unas veces solos y otras en compañía [...] El resultado de todas estas experiencias, unido al testimonio de varios amigos que han paseado a caballo la Península entera, nos permite recomendar este sistema a la gente joven, sana y aventurera, como el más agradable y, en realidad [...] el único utilizable en las dos terceras partes del país.» (12).

Y de esta guisa hace su viaje por Teruel:

«La siguiente jornada a caballo lleva al viajero a las nudosas e intrincadas Sierras de Albarra-cín y Molina de Aragón [...] De Checa se va a Tremedal, que está a la derecha, cerca de Orihuela, y durante mucho tiempo ha sido famoso por su 'lugar alto' y su imagen bajada del cielo, a la que se hacían peregrinaciones.» (13).

(12) Richard Ford. *Las cosas de...* Pp. 94-95.

(13) Richar Ford. *Manual para viajeros por Castilla y lectores en casa. Parte II: Castilla la Vieja*. (Madrid: Turner, 1981). Pág. 158.



La forma de viajar a caballo también había sido defendida antes por *Alexandre de Laborde* quien tras alquilar o comprar caballos y contratar un mozo de mulas que además sirviese de guía, escribía:

«No hay nada más agradable que recorrer así a caballo esta hermosa tierra de España; todos los caminos están embalsamados con el aroma de las plantas, el aspecto del paisaje varía constantemente en medio de las montañas que se cruzan y desde las que se descubre tan pronto un amplio panorama como un lugar salvaje y pintoresco.» (14).

No se debía andar más de seis o siete leguas al día, recomendando así *R. Ford*:

«Se debe emprender el camino antes de amanecer, cuidando de que el caballo haya comido, por lo menos, una hora antes [...] El paso debe calcularse en unas cinco millas por hora, para no tener al caballo en pie inútilmente.» (15).

Pero había otros métodos para viajar. Concepción Casado Lobato y Antonio Carreira Vérez, que han publicado una hermosa e impecable obra sobre los viajeros que pasaron por León entre los siglos XII y XIX,

(14) Alexandre de Laborde. *Itinéraire descriptif de l'Espagne, et tableau élémentaire des différences branches de l'administration et de l'industrie de ce royaume*. (París: H. Nicolle, 1808-1809). Vol. I, Pág. CXXXI.

(15) Richar Ford. *Las cosas de...* Pp. 103-104.

y a quienes remitimos (16), han vuelto a traducir y a releer pacientemente a buen número de viajeros, habiendo extraído de entre todos ellos una apasionante y sustanciosa lista de formas de viajar.

La *litera* o silla de camino, con dos asientos y suspendida de dos varales para enganchar a dos mulos, uno delantero y otro trasero, fue el sistema ideal para que viajasen damas, ancianos o enfermos y desde luego, más tranquilo y menos polvoriento que el carruaje.

Poco después se debieron imponer los *coches*, palabra derivada del «koscsimy» o carro de Kocs, originario de Hungría, según explica J. I. Uriol y que según Isabel Turmo pudo ser introducido en España por Margarita de Austria, con cuatro ruedas y tirados por cuatro caballos.

Se estilaron luego las *calesas*, con dos ruedas y asiento para dos personas, tiradas por un caballo.

A continuación, se impuso el *coche de colleras* llamado así porque las seis o siete mulas que tiraban del carruaje llevaban los collares de lona o de cuero y rellenos de paja, dirigiendo el cochero con las riendas, sólo, en realidad, a las mulas más cercanas, porque las otras las guiaba con la voz. Tenía dos ruedas delanteras bajas y dos traseras muy altas. Pero debía traquetear mucho a los viajeros.

La *galera* tenía cuatro ruedas y se cubría con una lona dispuesta en forma de bóveda y sostenida por

(16) Concepción Casado Lobato y Antonio Carreira Vérez. *Viajeros por León. Siglos XII-XIX*. Prólogo de Julio Caro Baroja. (León: Santiago García, 1985). 319 p.

aros, conducida por varias parejas de mulas. Y como no era un servicio regular había de anunciar sus salidas. Dentro se mezclaban pasajeros y equipajes.

La *diligencia* o *coche de caballos* es otro carruaje dotado de un 'interior', una 'berlina' o pequeño departamento para tres personas, el 'coupé' o especie de segundo piso con cinco asientos y la 'baca' detrás de éste para el equipaje, aunque los viajeros de cuarta clase también se acoplaban aquí, iba tirada por seis, siete u ocho caballos y la conducían un 'delantero', un 'zagal' y el 'mayoral' o cochero. Solía mantener una velocidad constante (17).

Hay un viajero, *Charles Didier*, que en 1837 pretende ir desde Zaragoza a Madrid en ese servicio de Diligencias citado más arriba. No encuentra sitio ya. Sin embargo, unas cuantas monedas, sirven, poniendo de manifiesto la corrupción administrativa, no sólo para encontrarle un asiento en el coche de caballos, sino para darle el mejor (18).

Una pequeña referencia, no obstante, parece indicarnos que Vicente Alegre, ordinario de Teruel, estaba al cargo de una diligencia que «*lleva asientos y arrobas y sale del Mesón del Peine, Calle de Postas*» [de Madrid] (19). Algunos años más tarde,

(17) C. Casado Lobato y A. Carreira Vérez. *Viajeros por León...* Pp. 69-81.

(18) Jean-René Aymes. *Aragón y los románticos franceses (1830-1860)*. (Zaragoza: Guara, 1986). Col. Básica Aragonesa, 41. Pp. 131-132.

(19) Francisco de Paula Mellado. *Guía del viajero en España*. (Madrid: Gabinete Literario, 1849). Pág. 144. He manejado la 4.<sup>a</sup> edición. Desconozco si este servicio ya estaba

V. Alegre traspasa la concesión al bisabuelo del actual propietario del bar «Casa Postas», en el Paseo del Obalo, de Teruel, lugar donde se despachaban los billetes y existía una pequeña taberna. Las caballerizas de este «cochero» estaban situadas en lo que hoy es un solar entre la calle de Las Parras y la de San Estaban. Al parecer, el servicio nunca fue diario sino semanal, decantándose finalmente hacia Teruel-Valencia, con «cambio de tiros» (de caballos) en Sarrión, Segorbe y algo antes de entrar en Valencia. Sólo cuando algún viajero tenía necesidad de ir a Madrid, el bisabuelo, pero ya sobre todo, el abuelo de nuestro informante, le llevaba hasta Calatayud para que tomara el tren que hacía el trayecto Barcelona-Madrid. E igualmente, y sólo por encargo, se hacían viajes hasta los distintos balnearios (Pantocosa fue uno de los más solicitados). Este servicio de coches de caballos duró hasta siete u ocho años antes de comenzar la Guerra Civil, denotándose por esa fecha la competencia de los coches a motor que empezaron a desbaratar esta profesión (20). Y a continuación, se crea

establecido en 1842, lo que no me parece probable ya que la «Sociedad de Diligencias de la Coronilla de Aragón» tenía su sede en Barcelona y el servicio al que ahora aludo se mantiene con Madrid no debiendo ser muy periódico, ya que la concesión de los «coches de caballos» fue traspasada al bisabuelo de mi informante [propietario del Bar «Casa Postas»], quien debería haber mantenido el servicio y, sin embargo, lo dirigió hacia Valencia.

(20) Debo esta información al informante de la nota anterior, propietario del Bar «Casa Postas», en el Paseo del Obalo, de Teruel (15 de septiembre de 1987).

el Hotel Aragón para hospedar a los viajeros. Otra localidad, Gargallo, también tuvo un relevo de mulas en la carretera Teruel-Alcañiz desde finales del siglo pasado cuando la distribución del correo se generalizó.

Por fin, el último método de viajar fue en *ferrocarril*. Germond de Lavigne era un gran defensor de este medio de transporte y escribió hacia 1859 todos los pormenores de las obras de la línea Barcelona-Madrid. Pero quien, quizá, explicó con todo detalle los entresijos de dicha construcción fue Bailleux de Marizy. De todos modos, es desalentador leer esta opinión: «Hacia los años 1850 no se piensa todavía en dotar de hoteles y carreteras a la provincia de Teruel. En el plano de la modernización infraestructural se considera a las provincias de Zaragoza y Huesca desde una perspectiva diferente: para la de Zaragoza el problema es fluvial y ferroviario, para la de Huesca, es ferroviario y de carreteras; nada para la de Teruel que sigue en el abandono» (21).

Hay, no obstante, sabrosos párrafos referidos al ferrocarril español seleccionados por C. Casado Lobato y A. Carreira Vérez, en su libro ya citado, que pueden decir algo en favor de esas pocas ganas de usar el tren y de la animadversión que los españoles sentimos por R.E.N.F.E. La poetisa *Jane Leck* se queja de la lentitud y del exceso de paradas. Veamos:

(21) Jean-René Aymes. *Aragón y los románticos...* Pp. 75-76.

«Es un poco pesado parar cada diez minutos mientras que los empleados del tren fuman y charlan en un sitio donde nadie intenta ni subir ni bajar del tren.» (Lo que sería debido, probablemente, a la falta de doble vía, hecho del que la viajera no estaba informada).

Por su parte, la escritora *Frances Elliot* también se queja de este sistema de transporte:

«Hay además en España la horrible manía de viajar a medianoche [...] Salir de viaje a la una o a las dos de la mañana y encontrar en la estación a todos, perros incluidos, muchos más despiertos que durante el día, causa no poca irritación [...] Tampoco cabe hacerse ilusiones de que el viaje sea directo; siempre hay dos o tres transbordos con varias horas de espera al amanecer [...] Cuando el tren se pone en marcha, un mozo asoma la cabeza, y con voz incapaz de despertar a un recién nacido, deja caer que 'el tren para... está saliendo'. Si el viajero no oye o no entiende lo que dice nadie le despertará ni se preocupará de él, así espere hasta el día del juicio. Los nombres de las estaciones casi nunca se anuncian, por lo que hay que estar alerta, digamos a las tres de la mañana en la obscuridad de la noche, peleando contra un sueño irresistible, pues según el principio vigente en España, una vez se facilitan los medios de locomo-

*ción, cada cual debe arreglárselas para utilizarlos» (22).*

Sin embargo, *Charles Davillier*, que usó frecuentemente el ferrocarril para hacer algunos de sus desplazamientos por España, viniendo en él de Zaragoza a Madrid, en 1862, describe las localidades que encuentra a su paso. Tras cruzar por Ricla cita que en la otra vertiente de las montañas que se ven a la izquierda están los viñedos de Cariñena, pretexto que le da pie para hablar de Teruel:

*«Cariñena se encuentra en la carretera de Zaragoza a Teruel, ciudad ésta de las principales de Aragón y una de las más curiosas de toda España. Al divisar a lo lejos sus viejas murallas, sus torres almenadas y sus fortificadas puertas, pensábamos en Toledo y en Avila. En la calle de los Ricos Hombres, una de las mejores de la ciudad, nos creímos transportados a plena Edad Media, cosa bastante natural por lo demás, pues Teruel es el centro de una vasta región donde no han penetrado aún los ferrocarriles y que según todas las probabilidades estará privada de ellos durante largos años» (23).* Ciertamente es todo una premonición que hoy sentimos como una maldición.

(22) Textos tomados de la obra *Viajeros por León*, de C. Casado Lobato y A. Carreira Vérez. Pp. 78 y 81.

(23) *Charles Davillier. Viaje por España*. Ilustrado por G. Doré. (Madrid: Castilla, 1957). Pág. 883. Hay edición posterior (Madrid: Anjana, 1982). Vol. 2, pág. 382.

## LAS VENTAS Y LAS POSADAS. ¿Pudieron hospedarse?

A través de los relatos que han dejado los viajeros hemos de intuir algunas diferencias entre estos locales, diferencias que también denota *Sebastián de Covarrubias* en su *Tesoro de la lengua Castellana* (24) escrito en 1611, definiendo cada una de ellas así:

*Venta*: «Comúnmente es una casa en el campo, cerca del camino real, a donde los pasajeros suelen parar el medio día y a necesidad hazer noche. Díxose venta, a viniendo porque unos van y otros vienen, y ventero, el que assiste allí a dar recado».

*Posada*: «Se dixo posada, la casa donde reciben huéspedes, porque descargan su hato y el cansancio de sus personas».

*Mesón*: «En lengua castellana significa el diversorio o casa pública y posada, adonde concurren forasteros de diversas partes y se les da albergue para sí y para sus cavalgadas».

*Alvergue*: «Vale posada, latine diversorium, lugar donde acuden de diversas partes a comer y reposar».

Pero, en la realidad, el viajero no tenía muchas garantías de que las cosas fueran así. Porque, no siendo la situación como en la actualidad, si querían comer y cenar, debían proveerse de los alimentos allí en los

(24) *Sebastián de Covarrubias Orozco. Tesoro de la Lengua Castellana o Española*. Edición facsímil de la de 1611 (Madrid: Turner, 1984). Pp. 999, 878, 802 y 108.

pueblos por los que pasaban. Veamos como el Reverendo J. Townsend hace acopio de víveres cuando procedente de Cataluña entra en Aragón:

«Como habíamos llegado al extremo de Cataluña, nos vimos en la necesidad de abastecernos de provisiones suficientes para nuestro uso hasta que hubiéramos llegado a Zaragoza o por lo menos para añadir a lo que pudiéramos comer por el camino. Hasta entonces habíamos estado bien alimentados, pero un poco de previsión se hacía entonces absolutamente necesaria. En Cataluña el viajero está bajo la protección del magistrado que fija el precio de cada cosa de la que uno puede tener necesidad y publica anualmente un arancel, es decir, una tarifa de los precios de los géneros que debe estar colgada en cada posada en un sitio muy visible» (25).

Cuando abandonan Aragón por Used (Zaragoza) para introducirse en Castilla, tienen un pequeño altercado con la dueña y escribe Townsend:

«Si desde el comienzo nuestro capitán hubiese pedido con tranquilidad el arancel, todo ese ruido se hubiera ahorrado, porque cada hospedero está obligado a te-

nerlo colgado en su casa y los precios de cada artículo, con el ruido de la casa y las camas, están allí establecidos por el magistrado» (26).

Claro que si todos los venteros eran como el padre de la pícara Justina, que era mesonero en un pueblo leonés y aleccionaba a sus hijas para hacer que prosperase el negocio, entonces:

[...] «El arancel deberá colgarse alto, sin que haga cerca silla ni banco ni arrimadero en que subirse para leerlo; la cebada se medirá en un aposento oscuro lejos de la mirada del huésped, y se le dará un hervor previo para que abulte más...» (27).

Para 1794 sabemos, también por Pascual Ibáñez, que en Teruel:

«Las posadas que antes eran seis están reducidas a tres; dos a los muros de la ciudad por donde va la carretera bastante decente, y de buen hospedage y servicio, y una al salir a Valencia, con buenas caballerizas y cubierta para carros, el que también tiene una de las primeras y ambas pueden hacerse más capaces» (28).

(26) Joseph Townsend. *A journey through Spain in...* T. I. Pág. 226.

(27) Según cita tomada por C. Casado Lobato y A. Carreira Vérez, en su obra *Viajeros por León*, Pág. 84, del Libro de F. López de Ubeda *La pícara Justina*. Edición de Antonio Hazas (Madrid: Editora Nacional, 1977), T. I. Pp. 195-197.

(28) José Luis Sotoca. *Caminos y...* Pág. 3.

(25) Joseph Townsend. *A journey through Spain in the years 1786 and 1787, with particular attention to the Agriculture, Manufactures, Commerce, Population, Taxes, and revenue of that country, and remarks in passing through a part of France*. (London: C. Dilly, 1791). T. I. Pág. 200.

Albergues famosos en otros tiempos debieron ser la Posada de Ejulve, administrada tal vez por el Concejo, como pasaba con la carnicería pública, la Posada del Tozal de Teruel y la «Venta» de Mirambel que dio pie a Pío Baroja para escribir una novela con ocasión de haber conocido a don Pedro Montpesar y su familia, naturales de Cantavieja, al coincidir y conocerse en los baños de Trillo, pretexto para darnos esta visión del viaje que por febrero-marzo de 1930 hiciera Baroja a Mirambel, situando los hechos narrados noventa años antes. En el capítulo XI de la *Venta de Mirambel* nos describe así la Posada:

*«Uno de los sitios donde se reunía con preferencia la gente de Mirambel era la posada. Esta posada, llamada así por antonomasia en el pueblo, era una casa negruzca, de dos pisos. En la pared algún chico había puesto con carbón un letrero: Posada de Escucha.»*

*Esta posada tenía unas puertas y ventanas talladas de nogal, muy gruesas. El tallado llamaba la atención de los curiosos por las muchas figuras esculpidas, cabezas, guirnaldas, frutos y angelitos. Por lo que se contaba, entre las cabezas había algunas caricaturescas y risibles.*

*Aquellas figuras servían de indicación y de enseña y cuando algún forastero preguntaba dónde se encontraba la fonda u hostería, se le contestaba:*

*— Ahí, en esta calle, verá usted una casa con una puerta de*

*madera, que está llena de monos. Allá está la posada.*

*Luego, años después, la puerta y los entablamientos de las ventanas desaparecieron con todos sus monos.*

*Según se dijo, un anticuario dio por todo ello tres mil pesetas, cantidad fabulosa para entonces.*

*Se sospechó si las figuras esculpidas tendrían mucho valor. En esta posada se había alojado don Carlos cuando la Expedición Real, con su Estado Mayor de generales vascos y navarros, y varias veces Cabrera.*

*Al comienzo de la guerra el dueño de la posada era un tal Blas Escucha, venido pocos años antes de Montalbán.*

*Tenía el posadero en la misma casa despacho de vinos y carnicería y una venta fuera de las murallas, próxima a la ermita del Santo Sepulcro [...]» (29).*

También se podría citar la Venta de la Pintada en la carretera de Ejulve, camino inaugurado hacia 1918 con el servicio de correos y viajeros. Y algunas otras fueron surgiendo a medida que se asfaltaban las carreteras.

## NOTAS DE VER Y ANDAR

### Los viajeros y sus recorridos

Los viajeros que parece pasaron con cierta seguridad por Teruel y/o

(29) Pío Baroja. *La venta de Mirambel*. (Madrid: Caro Raggio, 1981 —reimp.—). P. 78-79.

su provincia son los que se citan a continuación indicando sus recorridos (a excepción de los militares y soldados que pasaron durante las guerras napoleónicas y carlistas que no se tratan en este trabajo).

*Barthelemy Joly*, consejero y limosnero del Rey de Francia que vino con el abad y general del Císter M. Baucherat, entre 1603-1604 para hacer una visita preceptiva a los monasterios. Pasó por *Peñarroya* y *Alcañiz*.

*Juan Bautista Lavaña*, cosmógrafo portugués, llamado por Felipe II. Los diputados aragoneses le encargaron el levantamiento y la formación sobre el terreno de un mapa de Aragón por 2500 ducados. Más que un libro de viajes elaboró un cuaderno de campo. Pasó por *Calomarde*, *Villel*, *Teruel*, *Puebla de Valverde*, *Sarrión*, *San Agustín*, *Rubielos*, *Valbona*, *Cedrillas*, *Camañas*, *Torre los Negros*, *Ferreruela*, *Utrillas*, *Montalbán*, *Mezquita*, *Villarroya*, *Cantavieja*, *Tronchón*, *Fórnoles*, *Mazaleón*, *Alcañiz*, *Calanda*, *Alloza* y *Samper*.

*Antonio Ponz*, viajó hacia 1780 obteniendo importantes datos artísticos, desde luego, pero también demográficos, sobre agricultura, industria, etc. Pasó por *Ojos Negros*, *Villar del Salz*, *Peracense*, *Almohaja*, *Cella*, *Villarquemado*, *Monreal*, *Torrijo*, *Caminreal*, *Calamocha*, *Fuentes Claras*, *El Poyo*, *Luco*, *Báguena*, *Burbáguena*, *San Martín*, *Caudé*, *Teruel*, *La Puebla de Valverde*, *Albentosa*, *Sarrión*, *Castelnou*, *Jatiel*, *La Puebla de Híjar*, *Azaila*, *Vinaceite*, *Híjar*, *Urrea de Gaén*, *Albale del Arzobispo*, *Alloza*, *Ejulve*, *La Zoma*, *Cuevas de Cañart*, *Las Parras*, *Aben-*

*figo*, *Jaganta*, *Bordón*, *Mirambel*, *Tronchón*, *Villarluengo*, *Fortanete*, *Cantavieja*, *Iglesuela del Cid*, *Mosqueruela*, *Puertomingalvo*, *Castelvispal*, *Linares*, *Villarroya*, *Aliaga*, *Valdeconejos*, *Las Parras del Río Martín*, *Fuenferrada*, *Vivel*, *Segura de Baños*, *Anadón*, *Monforte*, *Mezquita*, *Badenas*, *Santa Cruz*, *Nogueras*, *Blesa*, *Huesa del Común*, *Muniesa*, *La Hoz de la Vieja*, *Cortes de Aragón*, *Montalbán*, *Obón*, *Andorra*, *Crivillén*, *Alcorisa*, *Calanda*, *Castelserás*, *Valdealgorfa*, *Valdejunquera*, *La Fresneda*, *Mazaleón* y *Alcañiz*.

*Richard Ford*, hacia 1832 hemos visto que paseó a caballo por *Orihuela*, *Albarracín*, *Teruel*, *Caudé*, *Concud*, *Cella*, *Monreal*, *Bello*, *Villar del Salz*, *Puebla de Valverde*, *Sarrión* y *Albentosa*.

*Jose M.<sup>o</sup> Quadrado* publicó entre 1844 y 1848 varios tomos titulados «*Recuerdos y Bellezas de España*» apoyado e ilustrado con los dibujos de *Parcerisa*. A Aragón le dedicó uno de esos volúmenes formado por 22 capítulos. El 19 le correspondió a *Albarracín*, el 20 a *Teruel*, el 21 al *Maestrazgo* y el 22 a *Híjar*, *Caspe* y *Monasterio de Rueda*.

*Elio Tropo* llega hasta Alcañiz en 1859 para observar cómo se celebraba la Semana Santa en esta localidad y penetrar en el ambiente de sus tambores.

*Achille Fouquier* también visita en la última década del siglo pasado la ciudad de Alcañiz para describir cómo se vivía la Semana Santa en estas tierras bajoaragonesas.

*Alfonso Zapater*, natural de Albalate del Arzobispo, con paciente

amor ha ido localidad por localidad de todas las aragonesas para conocer «*Esta tierra nuestra*» y en la actualidad se están publicando, por orden alfabético, bajo un título evocador: «*Aragón, pueblo a pueblo*».

Clemente Alonso Crespo, de Orrios, ha recorrido la provincia de Teruel en varias ocasiones, recopilando todas sus notas de viajes en la obra titulada «*Teruel adentro*».

E. Begin y otros viajeros que citamos de pasada en sus lugares correspondientes, parece que no llegaron hasta aquí, sino que consultaron obras anónimas o a autores anteriores a ellos, elaborando de esta manera sus descripciones, habiendo pasado, eso sí, por Zaragoza.

## Los tópicos

**Los tipos.**— Desde hace varios siglos hay unos arquetipos establecidos para describir a los naturales de una región y que, manidamente, llegan hasta la actualidad. Por ejemplo, la terquedad de los aragoneses. Nos dice Ch. Davillier:

*«Los zaragozanos han tenido siempre fama de lealtad y de valentía como lo atestigua el refranillo popular:*

*Leal, tozuda y valiente  
es de Zaragoza la gente [...]*

*Pasan por tener la cabeza tan dura que se sirven de ella para clavar clavos»* (30).

(30) Ch. Davillier. *Viaje por España*. P. 896.

En la ocasión, tenemos también una descripción, naturalmente tópica, de los turolenses y se la debemos a Pascual Ibáñez:

*«Son comúnmente de bastante corporatura, ágiles, robustos, briosos, inclinados al trabajo, ingeniosos, penetrantes y de buen entendimiento; viven con moderación y parsimonia, á excepción de alguna parte de pueblos y hombres que son más rústicos, díscolos, perezosos o inclinados al juego y á la gula»* (31).

Pero en estas descripciones no nos han quedado noticias de cómo eran los trajes y los bailes peculiares de Teruel, tras haber descrito a sus gentes. Sólo hay una referencia a las grandes arracadas que llevaban las mujeres de Albarracín [¿no se querría referir a las de Fraga?] en el «*Viaje de Fígaro*».

**Los Amantes.**— Desde luego, si por algo es proverbial la ciudad de Teruel es por su conocidísima Leyenda de «los Amantes». Se cita en el «*Atlante Español*» o en la «*Pintura de Teruel*» que se hace en la «*Floresta Española*». También el Barón de Bourgoing, en su «*Un paseo por España*», hecho entre 1777 y 1795, la cita.

Antonio Ponz que fue comisionado, tras la expulsión de los jesuitas, para informar sobre sus colegios y las obras de arte que contuvieran, escribe también al respecto.

(31) José Luis Sotoca. *Descripción geográfica...*



«Sería reprehensible salir de esta Parroquia [habla de San Pedro] sin hacer memoria de los célebres Amantes de Teruel, cuyos cadáveres, ó esqueletos se conservan colocados en un nicho de un ángulo del claustro puestos de pie. La historia de dichos Amantes se cuenta de muchas maneras, que no es para detenernos; pero lo que junto a tal nicho hay escrito es lo siguiente: Aquí yacen los celebrados Amantes de Teruel Don Juan Diego Martínez de Marcilla, y Doña Isabel de Segura. Murieron año de 1217, y en el de 1708 se trasladaron en este panteón» (32).

Richard Ford, al hablar de la Iglesia de San Pedro vuelve a insistir:

«Todos aquéllos cuyo corazón haya sido alguna vez tocado por la tierna llama debieran visitar el claustro en donde se conservan los restos de los 'amantes de Teruel', tan familiares a los lectores de teatro españoles» (33).

Y hasta Charles Davillier vuelve a recordárnoslos.

**La Semana Santa y los tambores.**— Con no mucha frecuencia se prodigan noticias de este tipo entre los viajeros que cruzan la provincia de Teruel, probablemente porque son muy pocos los que atraviesan estas tierras en tan señalada época. Hay,

no obstante, sus excepciones, referidas, primordialmente, a la ciudad de Alcañiz.

En el Viernes Santo de 1859 la visita *Elio Tropo*, que trabaja para la Revista del Museo Universal, de Madrid. Denota la importancia que para los ejércitos españoles tenían los naturales de estas tierras bajoaragonesas por sus condiciones inigualables para tocar el tambor y pasa a describir las costumbres semanasantistas fijándose en las túnicas, los tambores y la organización de las procesiones, así como dando una primera versión del Pregón y haciendo un comentario final que alude al lenguaje amoroso de ciertos toques de tambor que son respondidos por la mujer alcañizana quien también lo sabía tocar:

[...] «El Viernes Santo, la función de los tambores debía empezar a las 12 horas de la mañana. En la Plaza los hombres estaban cubiertos con largas túnicas azules, ceñidas con anchos cinturones de los que pendían cajas de guerra vestidas de negras gasas. Comenzó un redoble general de más de ochocientos tambores.

No hay en Alcañiz familia medianamente acomodada que no tenga cuatro o seis túnicas con sus tambores, además de las pertenecientes a cada uno de los hombres que la componen, con el objeto de surtir a los forasteros que acuden a ver aquella función.

A las una aparecieron en la puerta de la Colegiata unos veinte encubiertos con túnicas negras y largos cetros, otro con un clarín en la mano y tres sacerdotes: a una

(32) A. Ponz. *Viaje de España...* Tomo XIII-Carta IV, 40. Pp. 106-107.

(33) R. Ford. *Manual...* Pág. 165.

señal de éstos el clarín sonó y todos los tambores dejaron de tocar levantándose los antifaces. Había hombres desde 8 a 70 años.

Los cetrilleros ordenaron la procesión del Pregón colocando en dos hileras todos los tambores: éstos marchaban por las dos aceras y por el centro otros enmascarados con túnicas negras llevaban estandartes representando varios pasajes de la Escritura y al Supremo Hacedor antes de la creación, la formación del primer hombre y la primera mujer en el acto en que Eva ofrece a Adán la manzana del paraíso, un ángel con la espada de fuego arrojándolos del lugar sagrado, las doce tribus de Israel extendidas por la tierra, las doce sibilas que profetizaron la venida del Mesías, las cuatro partes del mundo, el sol, la luna, las estrellas, etc. Cerraban la procesión los tres sacerdotes y los tres Mayordomos de la Hermandad del Santo Entierro. Al llegar a la esquina de la Calle Mayor el clarín sonó de nuevo y corriendo la señal por los cetrilleros todo volvió a quedar en silencio y un sacerdote leyó el Pregón:

«Manifiesto a todos los fieles cristianos de Nuestro Señor Jesucristo, como habiendo puesto los pérfidos judíos pendiente de una cruz al hijo de María Santísima, murió por darnos vida el autor de ella. Su madre amadísima está desconsolada esperando os apia-deís de su soledad y pobreza y asistáis en el descendimiento

de su hijo y nuestro Salvador Jesús Nazareno, que será entre dos y tres horas de esta tarde, y su entierro y piadosa funeraria, mañana Sábado entre seis y ocho horas de la mañana. Y pues Cristo nuestro Dios y Señor murió por redimirnos y salvarnos, obligación es de todos los cristianos asistir devotos y compasivos, acompañando en el llanto a María Santísima, madre de Jesús y Nuestra Señora. Por tanto en nombre de la Iglesia Santa os amonesto concurráis a tan sagrada, piadosa, devota y debida obligación.»

«Terminado el pregón, se anuncia de nuevo la marcha y suenan todos los tambores, repitiéndose el mismo toque de clarín, el mismo silencio y el pregón en todas las esquinas en donde acostumbraban a publicarse los bandos. Después de la procesión la gente vuelve a su casa.»

[...] «Tres sacerdotes, en la Colegiata desclavan a Jesús de la cruz, durante cuya ceremonia un orador predicaba un sermón.

A las seis de la tarde salió la procesión de la Soledad. Más de quinientas hachas, arregladas como los tambores por los cetrilleros, alumbraban una imagen de la Santísima Virgen de la Soledad, seguida del ayuntamiento precedido de los clarines y maceros de la ciudad; detrás iban todas las autoridades civiles y militares cerrando la marcha un piquete de la guarnición.

Después de la procesión de la Soledad se publicó un bando que prohibía tocar el tambor hasta una hora antes de salir la procesión del Santo Entierro, o sea hasta las cinco de la mañana.

No se suele respetar y a las doce horas los mozos salen a dar serenatas a sus novias con el tambor y éstas aguardan con tortas y otros dulces y se cuelgan la torta en los tirantes de su caja. Las mujeres también saben tocar el tambor porque tienen que contestar a sus enamorados y todas las marchas denotan un amor correspondido. El toque de diana significa una declaración de amor. La calacuerda significa verdadera amistad y un simple redoble significa no desairar la caja al que la presenta. El toque de fajina significa que las alcañizanas no admiten los amores.

A las seis de la mañana los cetrilleros ordenan a los del tambor y sale la procesión del Santo Entierro con pasos de la Sagrada Pasión y Muerte de Nuestro Redentor. A las nueve termina el Santo Entierro y los tambores se guardan hasta el año siguiente» (34).

En 1890 pasa por Alcañiz durante los días de Semana Santa Achille Fouquier quien narra igualmente los acontecimientos del Viernes Santo, aporta datos referentes a la procesión de la Soledad, a los actos del Sábado Santo y a los de la Pascua:

(34) Elio Tropo. «Costumbres Españolas: Los Tambores de Alcañiz», Museo Universal, 40 (1863), p. 319.

[...] «En el interior de la Iglesia, la cruz, que ha sido elevada en una de las naves laterales, es custodiada por soldados romanos, con un casco en la cabeza, una lanza en la mano y ataviados de la forma más caprichosa. La imagen de Nuestro Señor es retirada de la cruz a la hora indicada y colocada en un sarcófago de cristal.

Tras esta ceremonia, al anochecer, sale, no de la iglesia, sino de la colegiata, una procesión llamada de la Soledad.

Tiene por finalidad honrar a la madre del Salvador y mostrar que todos comparten el dolor que ella experimenta por haber perdido a su Hijo. También la imagen de la santísima Virgen, ricamente vestida de terciopelo negro bordado en plata, es llevada por los representantes de las más nobles familias de Alcañiz, que consideran un honor el mostrar públicamente que son los humildes y devotos servidores de la patrona de España.

El clero, los miembros del municipio, las autoridades civiles y militares, acompañan a la santa imagen. El coro de la iglesia, sostenido por el bajón, canta el Miserere, la orquesta responde con un tono fúnebre a las voces armoniosas del coro, y la masa de la población sigue el cortejo.

Todos llevan una luz en la mano; [...] La ciudad entera, cubierto de paños negros, es iluminada tan pronto como llega la noche.

El fin de la procesión no trae de nuevo la calma ni el silencio a la ciudad.

Los habitantes se encuentran bajo el imperio de un particular entusiasmo, el del ruido que aún quiere más ruido. También, a pesar de las órdenes formales del alcalde y de los esfuerzos de los alguaciles por hacer callar los tambores, se les oye resonar frenéticamente, aquí y allá, en las calles, en las ventanas, en las puertas, en los balcones de las casas y hasta en los tejados. Es un desenfreno de plan-rataplán y de redobles prolongados. Estos diversos toques prorrumpen como una burla en dirección a los alguaciles, que se vengan de estas provocaciones deteniendo a algunos culpables y metiéndolos en la cárcel. Incluso ocurrió en alguna ocasión que hicieron, entre los chantres y otros empleados de la iglesia demasiado apasionados por el tambor, una cacería tan completa que las ceremonias del culto no habrían podido realizarse al día siguiente de no haber soltado a los prisioneros.

La algazara disminuye poco a poco con el cansancio que se le va uniendo; pero, antes de que amanezca, se empieza de nuevo, con el asentimiento de la autoridad, a tocar el tambor con nueva energía en todos los barrios, plazas y calles de Alcañiz.

El Sábado Santo, a las siete de la mañana, la procesión mayor del Entierro de Nuestro Señor Jesucristo se ponía en marcha precedida de un estandarte negro y de tambores que tocan una marcha fúnebre; vienen luego las edades del mundo representado: pri-

mero, desde la creación hasta Noé; segundo, desde Noé hasta la vocación de Abraham; tercero, de Abraham a Salomón, y así todo seguido hasta la concesión de libertad a Israel por parte de Ciro. Uno de los pendones muestra a Jacob bendiciendo a su hijo; en otros aparecen pintados los personajes más venerados del antiguo y del nuevo testamento; las diez sibilas de la antigüedad [...] Vienen luego las cuatro partes del mundo» [...]

[...] «La Muerte, representada por el esqueleto de un hombre de gran estatura, figura también en el cortejo. Tanto los portadores de emblemas como los tambores están vestidos de nazarenos, llamados cucarachos en Alcañiz.

A continuación de la Muerte viene un largo pabellón rasgado por la mitad, que representa el velo que se extendía por encima del Sanctum sanctorum; una gran cruz que eclipsa al sol y a la luna; un niño con alas como los ángeles, bajo un hermoso arco de triunfo; tres sacerdotes que personifican a los tres hombres caritativos que descendieron de la Cruz el divino cuerpo de Cristo; el sarcófago de cristal donde reposa el Señor, envuelto en ricas telas de seda y recubierto por un palio magnífico; después, finalmente, las imágenes de Nuestra Señora de los Dolores, de San Juan, de María Magdalena, todo el clero, el concejo municipal, el prior, el mayordomo de la cofradía y el coro que, acompañado por el bajón, canta lúgubres motetes.

Cien soldados romanos, equipados a la antigua, precedidos de la enseña en que se lee S.P.Q.R. escoltan el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo.

En el momento en que el sarcófago llega al centro de la plaza mayor de Alcañiz, el encargado municipal, vestido de nazareno, pero sin el capuchón, hace sonar un toque de trompeta; los tambores se callan como por encantamiento y, al ruido ensordecedor que producían, sucede un silencio sepulcral.

Los sacerdotes que llevaban a hombros el sarcófago lo dejan en el suelo y se arrodillan ante la santa imagen; y lo mismo hacen el cortejo y la población entera de Alcañiz.

Un personaje vestido y armado de centurión se adelanta en ese momento y pone un sello en el sepulcro, cuya custodia queda confiada a los soldados romanos, que lo rodean, con el casco en la cabeza, el escudo en el brazo y la lanza en el puño, mientras desfilan ante él los que han seguido la procesión.

Los nazarenos pasan los primeros con sus tambores, en grupos de cuatro o seis, y se arrodillan ante el santo sepulcro; los portadores de peanas o de pendones siguen su ejemplo; pero las genuflexiones de los que acompañan a la Muerte contienen una particular elocuencia» [...]

«Tras el desfile, se vuelve a llevar a la iglesia el sarcófago de Nuestro Señor Jesucristo. Allí permanece hasta el domingo por la mañana.

A la vez que se le hace atravesar de nuevo el umbral del templo con el ceremonial de la vigilia, se ve venir de la colegiata, descansando sobre una peana suntuosamente adornada, una enorme granada llevada por personas vestidas de nazarenos, pero que sin embargo pertenecen a las más nobles familias de Alcañiz.

La marcha de los dos cortejos es calculada de manera que el encuentro se produzca en el centro de la plaza próxima a la iglesia; en el momento en que el sarcófago se encuentra enfrente y cerca de la granada, suena un toque de trompeta. Todos los ruidos, todos los tambores se callan, y, en medio del silencio general, la granada se abre en dos; aparece una hermosa imagen de la Santa Virgen, y una docena de palomas blancas emprenden el vuelo hacia el espacio.

Un sacerdote se coloca entonces entre las dos imágenes, y pronuncia a la multitud silenciosa y recogida un sermón sobre la gloriosa resurrección de Nuestro Señor Jesucristo.

Todos los fieles vuelven a la iglesia, donde oyen la misa de Pascua, celebrada con la pompa que conviene desplegar el día de fiesta tan grande» (35).

(35) Achille Fouquier. Alcañiz, *Passe-Temps* (1890), pp. 99-120. (Versión de Chesús G. Bernal), tomada de la obra *La Semana Santa del Bajo Aragón. Antología*, presentada y seleccionada por José Ignacio Micolau Adell y Francisco Javier Sáenz Guallar (Alcañiz: Centro de Estudios Bajoaragoneses, 1984), pp. 26-31.

Pero todavía *Joan Roig i Font*, perteneciente al Centro Excursionista de Cataluña, fue enviado por esta entidad barcelonesa a Alcañiz, hacia 1930, a fin de que realizara un artículo de la Semana Santa de esta localidad para ser publicado en el Boletín del Centro. Vuelve a describir las procesiones ya narradas, aunque aporta otro dato interesante, cuando advierte que la procesión de la Soledad recorre un año los barrios altos de la ciudad y, al siguiente, la parte baja —algo había dejado ya insinuado E. Jesús Taboada en 1898—. Y es más explícito que los anteriores para explicar cómo se organizan y van vestidos los tamborileros e indicar la existencia de una artesanía del tambor en Alcañiz:

[...] «Hay personas respetables, que llevan delante a su hijo pequeño, y los dos dedicados al mismo quehacer; otros [...], van en grupos o formando corros, y tocan al unísono sin discrepar, para lo cual acostumbra a ensayar mucho tiempo antes. Grandes y chicos, pobres y ricos, todos visten igual: una túnica de satén color azul claro y la cabeza cubierta por un capuchón de la misma ropa y color; del capuchón se desprende un largo apéndice plisado acabado en punta, les cae por detrás de la espalda llegando hasta los pies. La diferencia de estamentos sólo se observa en la calidad de la ropa y en la mayor o menor riqueza del instrumento, de construcción local en su mayoría, aunque los hay de fuera y del extranjero. Se da la circuns-

tancia de que cuando el año ha sido bueno se produce un mayor esplendor en las procesiones y en las vestimentas» [...] (36).

## Los itinerarios

**Los lugares pintorescos.**— Naturalmente se lleva la palma *Albarracín*.

Por ejemplo, la *Floresta Española* empieza la «efigie» de esta localidad así:

«Discurriendo por las riberas del río Turia allaremos en ellas la inespugnable ciudad de Albarracín [...] Es un pueblo frigidísimo en el invierno, y tanto que carga la nieve en él de manera que no se puede caminar por unos días. Sus campos producen muy buenas frutas de invierno, y se guardan mucho tiempo. Labranse muy finos paños de todas suertes, porque sus lanas son muy buenas, y sus yerbas producen sabrosísimas carnes, tanto que los tocinos y cejinas de Albarracín se llevan por regalo a diversas tierras de España» (37).

*Richard Ford* evoca Albarracín con estas palabras:

«Es una silvestre población de montaña, con menos de 2000 habitantes y construida bajo una

(36) *Joan Roig i Font*. «Alcanyí[ les seves processons de Setmana Santa]», *Butlletí del Centre Excursionista de Catalunya*, 442 - Any XLII (1932), pp. 69-88.

(37) *Floresta Española*. Biblioteca Nacional de Madrid. Sección de Manuscritos, signatura Ms. Q-144.

eminencia sobre la que se levantaba en otros tiempos la ciudad antigua, como muestran aún sus murallas y ruinas. El cortado Barranco del Guadalaviar es pintoresco; las nieves y el frío del invierno son duros. Esta zona está muy poco poblada, con un campesinado pastoral que cría ovejas en pequeña escala, pero que producen buena lana y excelentes chuletas. Los pinares abastecen de combustible a las numerosas ferrarias (sic), en las que el abundante mineral de hierro [...] La naturaleza, siempre activa, ha vestido estos páramos con hierbas aromáticas y como ella, las abejas, están siempre ocupadas. Aquí el aire está perfumado por todas partes con el aroma de las flores silvestres [...]» (38).

J. B. Labaña y A. Ponz escribieron sobre las ruinas, los monumentos y las industrias. Por eso, J. B. Labaña nos deja constancia ya del trabajo del azabache en Utrillas («Aquí se saca la mayor parte del azabache que se labra en Montalbán y también se labra en Utrillas») y la economía de los quesos de Tronchón («En este lugar se hacen los mejores quesos de Aragón, que son tan buenos como los de Alentejo, en Portugal, y los marcolinos de Florencia»). Y A. Ponz se fija en los telares, las alfarerías, las canteras o las salinas. Enumera, de esta forma, los tipos de paños o las ligas, especialidad de ciertos pueblos (Fortanete, Villarroya de los Pinares, La Iglesuela del

Cid), o las vasijas (Alcorisa), etc. Ellos, e incluso W. Bowles y R. Ford, citan, también, los fósiles y restos de huesos que ya aparecían en Conclud.

**Las fuentes y las aguas termales.**— Las noticias más antiguas citan como destacable la fuente de Cella, así:

«En Celda, pueblo del Reyno de Aragón de la Comunidad de Teruel, ay una fuente de gran caudal de agua, pues vierte cantidad para moler seis piedras de molino a la par. Es de agua muy cristalina, y delgada, y sale en invierno mui caliente, y mui fria en el verano y estío» (39).

Del mismo modo, también se tienen en cuenta las aguas medicinales. Alfonso Limón Espejo dedica varias páginas de su obra a hablar de las virtudes y excelencias que las aguas de Teruel tienen para provecho de la salud (40).

En el *Atlante Español* (con grabados de Palomino) se dice:

«A media legua de la ciudad [de Teruel] y junto al río Alfambra se hallan unos famosos baños, propios para curar toda clase de enfermedades, particularmente el mal de orina y dolor de hijada; están con todo aséu, y hay una casa en donde pueden usarse

(39) Antonio Limón Montero. *Espejo cristalino de las aguas de España*. (Alcalá: Francisco García Fernández, 1697). Pág. 166.

(40) Antonio Limón Montero. *Espejo cristalino de...* Pp. 273-278.

con el recato correspondiente» (41).

Francisco de Paula Mellado todavía los cita en 1849, al igual que los de *Segura de Baños*, regentados por D. Tomás Parraverde y abiertos desde el primero de mayo al treinta de septiembre (42), citando también las aguas termales llamadas las «fuentes de la Escaleruela», en *Sarrión*, (43). En todas las ocasiones se dan las composiciones de las aguas.

La desidia, no obstante, nos ofrece hoy un panorama bucólico y romántico de los Baños de La Huerta Nueva, de *Teruel*, abandonados a su suerte, allá a la salida de la ciudad. ¿Es que nunca van a poder volver a tener utilidad?

**La ciudad de Teruel.**— Al hablar de las ciudades, la ciudad por antonomasia, ha de ser, por fuerza, la de Teruel, que a todos los viajeros, vengan o no vengán, les impresiona hondamente.

*La Floresta Española*. En el Manuscrito de la Biblioteca Nacional de Madrid ya citado antes y titulado «Floresta Española» que dio a conocer Luis Sánchez Costa, se da la visión que de Teruel se tenía a comienzos del siglo XVII. Destacan algunos párrafos en uno de los cuales

(41) *Atlante Español ó Descripción General de todo el Reyno de España*. Tomo II. Reynos de Aragón y Mallorca, Parte I. Pp. 240-252.

(42) Feo. de Paula Mellado. *Guía del viajero en España*. Pág. 63.

(43) Feo. de Paula Mellado. *Guía del viajero en España*. Pág. 360.

se mencionan, incluso, las ollerías de la ciudad:

«El maestro Anton Beuter refiere que esta ciudad fue fundada por Hercules Oron [...] y que este la llamó Turiol, por respecto del rio Turuel o Turia [...]

Es Teruel pueblo que, mirandolo desde fuera, así en grandes edifiçios y suntuosos templos como en altísimas torres, con gran arte fabricadas, representa hermosísima perspectiba; particularmente son señaladas dos que están en las iglesias parroquiales de San Salvador y San Martin, que pasan dos calles por debajo de ellas. Tiene muchas casas de hijos de algo y fuentes de mui buena agua repartidas por sus calles, las quales se trahen sobre arcos de piedra; son mui grandes y costosas, siendo señalada entre ellas la que trajo maestro Pierres, notable architecto [...]

Labranse en ella [en la ciudad de Teruel] 22 enos y otros paños mui finos, y basos bidriosos mui curiosos. El día de Todos Santos ay feria franca. El trato de las lanas y ganados es causa que sus naturales sean ricos [...]

Ay 8 iglesias parrochiales y 4 monasterios de frailes y uno de monjas, un hospital general mui bien servido» [...] (44).

Se cuenta después la historia de los Santos Mártires Pedro y Juan, la

(44) Luis Sánchez Costa. «La Península Española a principios del siglo XVII», *Revue Hispanique*, 86 - Vol. XXXIV. (1915). Pp. 503-508.



consabida de los Amantes (con una pequeña variante) y termina describiendo la catedral y los ducados que se les dan al deán, chantre, sacristán, tesorero, arcedian, vicario y arcipreste.

El *Atlante Español*. Varios años después se publican una serie de tomos dedicados a hacer una Descripción de todo el Reino de España, como ya se ha dicho. En el Tomo II, capítulo VI, al hablar del Corregimiento de Teruel, se le dedica el siguiente texto a la ciudad:

[...] «su figura es circular, y sus muros fuertes [...] Se llamó villa de Teruél, sea por el Rio Turia que la baña, o porque en donde la fundaron encontraron una figura de un Toro grande, sobre el qual habia una estrella [...]

Tiene esta ciudad mil y trescientos vecinos: Fuera de ella hay bellos Paseos, y dos arrabales, una hermosa Vega de quatro leguas de largo: la una parte de ella la riega el Rio Alfambra; y la otra el Rio Turia, que se juntan a la vista de la ciudad [...]

Por doce puertas se entra en la ciudad, en donde hay doce Plazas, sus calles son espaciosas y llanas, no obstante la situación de la calle, por donde andan los coches. Hay diez fuentes públicas, siendo la más principal la que llaman de los Arcos: esta es una obra de las mas primorosas del Reyno: por los de encima las personas; y por los terceros todo el agua de que se abastece la ciudad. Tiene [...] dos Hospitales, siete Hermitas, dos Tribunales,

dos cárceles, y casa para comedias [...]

Tiene la ciudad una huerta espaciosa en donde se coge mucha pera y manzana, hortalizas, trigo y cáñamo. Rodean la ciudad tres montes muy abundantes en leña, particularmente en pinos, cuya madera ya labrada la bajan a Valencia por el rio Guadalaviar [¿se está refiriendo al sistema de almadías?] También abunda Teruél y su comarca en ganado lanar, cabrio y bacuno y goza de un bello clima» (45).

Naturalmente, igualmente cita la historia de los Amantes y otras curiosidades.

En el *Viaje de España* A. Ponz describe la ciudad así:

«Teruel es Ciudad situada en una loma en la orilla oriental del rio Turia, inmediato al parage donde se incorporan este, y el rio Alfambra, que van unidos á desaguar en el Mediterraneo [...]

Nace Turia, [...] Pasa por Albarracin, seis leguas ántes de llegar aquí: es abundante de truchas, anguilas, y barbos, &c. Riega ántes, y después de Teruel una vega hermosa, y bien cultivada, que aunque estrecha, se reputa su largo de tres leguas, la mayor parte término de esta Ciudad. Tiene Teruel buenos paseos, y alamedas por la parte del rio. Son muy exquisitas las frutas de sus huertas, y los demas comestibles. Su situacion es en el ca-

(45) *Atlante Español*. Pp. 240-252.

*mino real desde Valencia á Zaragoza, y á igual distancia de una, y otra Capital, que le facilitan los géneros de todas suertes, que hay en ambos Reynos»* (46).

Luego hace una descripción de todos los monumentos.

En el *Itinerario de España y Portugal*, anónimo, publicado en 1827, el itinerario n.º 11 se corresponde con la carretera Valencia a Zaragoza. De Teruel se dice escuetamente:

«Teruel (Turdete), ciudad bastante bonita, muy antigua, ofrece restos de esplendor, entre los que citaremos su acueducto. Población: 10.000 habitantes» (47).

Para Richard Ford:

«Teruel, situada en Aragón, es la principal ciudad de su partido: su población es de unas 7500 almas: La Posada no pasa de ser decente. Vista desde lejos, con sus viejas murallas, puertas y torres aragonesas, la ciudad tiene un aspecto que impone, levantándose sobre su bien arbolada Vega junto al Turia, que aquí se une al Alfambra, ambos buenos ríos trucheros. El interior es sólido y sombrío» (48).

Sigue con la enumeración de sus monumentos y con la historia de los Amantes que ya se ha citado antes.

Emile Bégin —que no debió venir— habla de Teruel como

(46) A. Ponz. *Viaje de España...* Tomo XIII-Carta IV, 22-23. Pp. 98-99.

(47) Jean-René Aymes. *Aragón y los románticos...* Pág. 22.

(48) R. Ford. *Manual...* Pág. 165.

«una ciudad magestuosamente ceñida por viejas murallas» [fácilmente visible en los grabados que ya corrían en la época], «floración lapidaria en medio de la verdeante floración de la naturaleza.»

Y desde luego, como buen francés se pasma ante las obras de dos franceses:

«Lo digo sin rodeos con un cierto amor propio nacional, las dos cosas más bellas que hay en Teruel se deben a dos artistas franceses contemporáneos, Gabriel Joly y Pierre Bedely» (49).

Ya no nos queda espacio para hablar de los soldados que pasaron por Villel, Sarrión, Cantavieja o Alcañiz durante las guerras carlistas, cuyo estudio preparamos.

Por fin, Clemente Alonso Crespo, en ese viaje «Teruel adentro», sentido, vivido y siempre sugerente, quizá resuma con esta frase «a Teruel se llega llorando y se va uno de Teruel también llorando», ese manojo de sensaciones que se dan desde este Teruel estratégico y duro, desde la tierra roja de los Mansuetos y la nieve blanca. «Las tardes entran en noches silenciosas que en ocasiones son eternas». «Los otoños son especialmente sensibles, contemplados desde la Glorieta [...] volcada sobre la huerta del Turia». «Porque entre los recuerdos siempre quedan ausencias» (50).

(49) Emile Bégin. *Voyage pittoresque en Espagne et en Portugal*. (París: Gustave Gratiot, s.a. [1852]). Pp. 135-136.

(50) Clemente Alonso Crespo. *Teruel adentro*. (Zaragoza: Diputación General de Aragón - Departamento de Cultura y Educación, 1986). Col. Viajes y Viajeros, 3. Pág. 157.

# RELACIONES HOMBRE-MULIER. ESTUDIO ETNOGRÁFICO DE UNA



Sercué (Huesca). Puente d'Espucialla sobre el río Aso. 1905. L. Briet.